



¿Invitado o parte?

Una aproximación al papel de la comunidad internacional en el proceso de paz colombiano

Carlos E. Valencia Muñoz



La nueva cruzada mundial contra el terrorismo plantea una serie de interrogantes y desafíos al proceso de paz colombiano. La estrategia de la administración Pastrana Arango respecto de buscar la resolución del conflicto interno nacional a través del apoyo de la comunidad internacional, si bien exitosa hasta el momento, tiene que

ser rediseñada a la luz de las realidades del contexto internacional, que parece dibujarse a raíz de los ataques terroristas del 11 de septiembre.

El tema de la paz no es nuevo dentro de la agenda internacional colombiana. Desde hace cerca de cinco lustros ha estado presente en la política exterior de las diferentes administraciones. Unas veces como objetivo genérico, cuando se define como principio central de las

Tercer Secretario de Relaciones Exteriores de la Carrera Diplomática y Consular de la República. Dirección General de América - Ministerio de Relaciones Exteriores.

actuaciones externas del país. Otras, de forma utilitarista, cuando la paz se ha instrumentalizado para evitar que la situación de conflicto interno se contaminara de factores externos y se permitiera un escenario cooperante con los procesos adelantados por el gobierno de turno.

Sin embargo, en los últimos cuatro años, al identificarse la internacionalización del conflicto como algo ineludible, la administración Pastrana Arango, a través de la diplomacia por la paz, decidió buscar una internacionalización positiva a favor de la paz. Ante la imagen que se estaba proyectando de exportador de inseguridad, fuente de ingobernabilidad y eventual amenaza regional, el actual gobierno buscó promover la verdade-

ra realidad colombiana, para que existiera una percepción correcta de las dimensiones del conflicto nacional. La idea era convidar a la comunidad internacional a que participara en la solución pacífica del conflicto que se proponía con el inicio de los diálogos con las FARC.

Esta estrategia ha tenido logros importantes. El apoyo político y económico recibido ha sido decisivo para la política de paz. El desembolso de mil millones de dólares por parte de los Estados Unidos, los aportes de la mesa de donantes, la conformación de una mesa internacional de acercamiento con el ELN y las diversas manifestaciones de apoyo político de los países amigos del proceso y de los diversos foros internacionales, son una muestra clara de ello.

Es cierto que aún se presentan obstáculos y barreras y que no existen resultados concretos en el proceso mismo para lograr detener el conflicto interno; sin embargo, la política externa en materia de paz ha sido bastante positiva.

En primer lugar, porque ha permitido a la comunidad internacional conocer de cerca y sin filtros distorsionantes, una realidad compleja y difícil, demostrar que el país es viable y que no es una amenaza; por el contrario, que toda la nación colombiana está en constante lucha para alcanzar la paz, lo que ha permitido a Colombia dejar atrás la imagen negativa que venía transmitiendo.

El gobierno ha tenido la inteligencia para dar a los grupos armados un estatus político que les permita ser interlocutores válidos para negociar, manteniendo su soberanía y el Estado de Derecho. Con esto, ha comprometido a las guerrillas en la paz. Cada vez son menos los espacios de la insurgencia para justificar una salida armada, más con un gobierno que ha apostado todo su capital político a las negociaciones. Precisamente, con la ayuda externa se viene cerrando el cerco para cortar las

fuentes que alimentan el conflicto nacional, especialmente el tráfico de drogas ilícitas. Con un discurso basado en la corresponsabilidad, la integralidad, la solidaridad y la cooperación, el gobierno viene atacando la infraestructura financiera de los grupos armados para con ello presionarlos a hacer la paz.

Finalmente, los programas de ayuda y la cooperación

Las dinámicas que surgen después de los ataques terroristas del 11 de septiembre, que cambian por completo las prioridades de la agenda internacional y las herramientas para afrontarlo, hacen que muchas sombras aparezcan sobre el futuro del proceso de paz colombiano.

que en materia social se vienen adelantando a través del Plan Colombia, son otra forma en que la comunidad internacional se vincula y que busca atacar la verdadera génesis de la guerra en Colombia: la desigualdad social y económica de nuestra sociedad.

Sin embargo, las dinámicas que surgen después de los ataques terroristas del 11 de

septiembre, que cambian por completo las prioridades de la agenda internacional y las herramientas para afrontarlo, hacen que muchas sombras aparezcan sobre el futuro del proceso de paz colombiano. La nueva cruzada contra el terrorismo liderada por los Estados Unidos plantea significativos desafíos a la forma en que se venía planteando la diplomacia por la paz. El compás de espera y la tolerancia que la comunidad internacional ha mostrado hasta el momento, frente a un proceso de paz lento y sin resultados concretos, parece llegar a su límite. Las condiciones del contexto internacional actual ponen en riesgo la continuidad del apoyo que los países del mundo han manifestado hasta el momento hacia la negociación.

Por un lado, en Colombia se ubican tres de los treinta grupos terroristas identificados por el gobierno norteamericano como los más peligrosos del mundo. El hecho de que los grupos insurgentes del país sean considerados grupos terroristas, la principal amenaza hemisférica para los Estados Unidos, cambia la forma en que la comunidad internacional venía participando.

En una lucha contra el terrorismo no se puede negociar con terroristas, mucho menos apoyar a un gobierno que lo hace. La tolerancia hacia cualquier forma de terrorismo o lo que parezca terrorismo será nula.

Igualmente, el fuerte vínculo identificado entre terrorismo y drogas ilícitas, y el señalamiento a estos mismos grupos de estar fuertemente relacionados con el tráfico de sustancias psicotrópicas, hacen más difícil la continuación de los diálogos.

A lo anterior se suma la presión que puede ser ejercida por los Estados Unidos para que, en una búsqueda por legitimar su nueva lucha y evitar convertir su cruzada en un ataque al pueblo islámico, enfle sus baterías sobre otros objetivos. En ese caso, Colombia y sus grupos subversivos serían la primera opción. Ya el discurso norteamericano empieza a endurecerse, lo cual queda demostrado con las declaraciones de altos funcionarios que señalan su preocupación por la problemática colombiana y hablan de un plan antiterrorista conjunto con Bogotá para hacerle frente.

Frente a este panorama, la diplomacia por la paz, como herramienta para lograr la

solución al conflicto nacional, debe ser ajustada. La nueva prioridad necesariamente se encamina a sentar unos pilares y principios básicos que sirvan de directrices para prevenir, combatir y erradicar el terrorismo, acordes con el interés nacional.

Más que una definición de terrorismo, la estrategia gubernamental debe buscar la concertación sobre los lineamientos con los que se asumirá la lucha contra el terrorismo, tales como la corresponsabilidad y la solidaridad. En este orden de ideas, el objetivo inmediato de la política exterior del país es lograr la consolidación de unos lentes no distorsionados con los cuales la comunidad internacional pueda leer el conflicto nacional, para que sus diagnósticos, opiniones y propuestas de acción sean catalizadores del proceso y no distorsionantes del mismo. Se debe propender por que la visión del conflicto colombiano no se enmarque dentro de la lucha contra el terrorismo y que por el contrario se internacionalice la paz.

A partir de este consenso la labor del gobierno se debe centrar en la definición del papel de la comunidad internacional para que acompañe al país, de forma eficaz, en



la búsqueda de la paz, sin convertirse en un actor del proceso. Fortalecer la cooperación, consolidar la concertación y vincular más a la comunidad internacional, es el reto mayor en la coyuntura presente.

Sin embargo, tal vez el más grave desafío que escapa a cualquier acción del gobierno, es que la negociación es de dos. Y el balón está en el campo de las FARC. Si la guerrilla no adquiere una visión política estratégica que le permita leer el nuevo contexto internacional, cualquier esfuerzo del gobierno por desvincular el proceso de la lucha contra el terrorismo, será infructuoso. •